

# El Cristo de Quipán

Jorge  
 ZA VALETA ALEGRE

■ Muy cerca de la Lima urbana existe un ramillete de pueblos que de ser integrados a un plan de desarrollo, podríamos disponer de varios circuitos de producción, turismo y recreación.

Los viejos limeños siguen pensando exclusivamente en restaurar el denominado Dameró de Pizarro, como si la Capital del Perú fuera sólo ese importante espacio.

Lima es mucho más que su centro histórico, que aquellas casonas coloniales y/o las catacumbas. Esconde múltiples rincones, comunidades y pueblos de extraordinaria belleza, que sólo viajeros intrépidos van descubriendo un rico potencial turístico con sólo mínimas inversiones. Y ese espacio no es sólo la franja costera desde Chancay a Cañete o viceversa.

La capital del Perú está sobre los valles de Lurín, Chillón y Chancay, valles con continuidad geográfica y características muy semejantes. Sin embargo, esa similitud del paisaje está separada por el atraso, por la pobreza, por la falta de caminos. La Panamericana es la única vía que bordea la playa de estos valles.

La costa no deja de ser bella. Sus playas, sus caletas y ciudades, dan un encanto a la Lima metropolitana. Más acá de la arena, en el extremo oriental estos valles sólo disponen de caminos rústicos o trochas intransitables. Un par de buenas piernas, una acémila, una motocicleta y/o un carro de doble tracción son los medios adecuados para tomar contacto con los pueblos que nacen en la falda de los primeros roquedales de los Andes.

Las comunidades de ceja de sierra están muy cerca de Lima. Son atractivas por su clima, por la hospitalidad de sus gentes, su cocina, sus leyendas, su paciencia y su espíritu de progreso y creatividad.

Resulta cruel señalar que a escasos kilómetros al este de Lima, existen todavía poblados que no tienen ni luz, ni agua potable, ni escuelas, ni postas médicas.

Un reclamo permanente de esas poblaciones es la construcción de carreteras para mejorar el intercambio comercial.

Por ejemplo, el circuito Lima - Pachacámac - Cieneguilla nos permitiría acceder a una hermosa campiña y transformar esa inmensa pampa de arena de la parte alta de Cienegui-



lla, donde el viento o el sol destruyen y calcinan las rústicas viviendas de esteras y muros de barro. Miles de personas que emigraron de la sierra limeña habitan cual fantasmas en el desierto inhóspito.

Otro proyecto interesante es el unir el valle de Chillón: Lima - Carabayllo - el observatorio pétreo de Checta - Punchauca - Santa Rosa de Quives - Yangas - Huamantanga - Quipán - Huaral - Lima. En esta secuencia, Quipán reúne especiales requisitos para convertirse en un paraje obligado.

En Quipán no viven más de cincuenta familias. Está sobre los 3,300 metros sobre el nivel del mar. Su población se dedica a la ganadería y a la agricultura diversificada. Niños, jóvenes y adultos son diestros en el manejo de la arcilla. Lo demuestra el Cristo cubierto de blanco mármol, cuyos brazos señalan el mar y los Andes y su corona se proyecta hacia el cielo quipanense, siempre azul y tachonado de estrellas.

La fiesta más importante de Quipán es la de San Pedro. Los festejos empiezan desde el 24 de junio y terminan a fin de mes. Su iglesia, a diferencia de otras, permanece siempre abierta. Es una bella pieza arquitectónica del siglo XVI, cuyo reloj y campana marcan hora a hora el tiempo de la esperanza.

Las lagunas de Quipán y el cuidado que le brindan sus moradores son un himno a la ecología. Los patos y truchas que abundan son animales sagrados. No se cazan ni pescan hasta cuando la comunidad decida. El agua cristalina de Huaraní y Conucocha debe servir para estratégicas

represas a impulsar el desarrollo agropecuario.

Juan García Delgadillo y su esposa Teodora Santos son los líderes de la comunidad. Esta pareja felicita a Analía Sarfaty, Percy Sánchez y a Gonzalo Santa Cruz (colombo-peruano) por ser uno de los primeros grupos juveniles que con su fortaleza, su cariño al país y su deseo de aventura, viene promoviendo esta nueva ruta del amor, de solidaridad con el prójimo, de valoración del paisaje y el rescate de la historia de nuestros antepasados.

En Quipán existen cementerios y petroglifos. Los restos fósiles, especialmente de cráneos humanos, son indicios de culturas milenarias y cuya tarea de descifrar corresponde a nuestros antropólogos y arqueólogos.

Yangas y Huamantanga también pueden convertirse en centros de esparcimiento. Allí no llegó el terror senderista. La soledad y el aislamiento posiblemente han sido factores para que la violencia no eche raíces.

Huaral, Supe, Barranca y Pativilca están mucho más integrados en lo que se conoce el Norte Chico. La agroindustria y la ganadería disponen de la Panamericana y de una buena carretera transversal hacia Churín, vías que complementan un dinámico flujo comercial. Desde Huacho hasta Chancay, se ve mucho menos pobreza y atraso que entre los ríos y pueblos de Lurín y el Chillón.

Los valles limeños requieren algo así como la Carretera Central, la vía reconstruida y rehabilitada que enlaza decenas de pueblos de Lima y el Mantaro.